

¡Me alegro de reconocerte! Juventud, identidad y violencia de género

No basta con ver a la juventud como diferente, sino aceptarla como propia. La clave está en sí misma, en la juventud, no en las personas que se encuentran en un determinado periodo evolutivo de la vida, que siempre estarán de paso. La juventud nunca se va, permanece en cada persona porque en gran medida es la factoría de la identidad y de la estructura de la personalidad que después soportará el peso del desarrollo social y de los acontecimientos que acompañen a la persona.

El ser humano, como sujeto social, en una gran parte debe su identidad a la experiencia de un reconocimiento intersubjetivo, es decir, a la idea que cada persona desarrolla sobre lo que piensa que los demás ven y valoran de ella, de ahí la importancia del componente social en general y del elemento grupal en particular para la formación de la conciencia de sí misma como persona, y con ella su identidad, que implica la incorporación de elementos y valores que hasta ese momento podían ser extraños para ella.

La violencia de género nace de la construcción de las identidades de hombres y mujeres a partir de referencias distintas basadas en la desigualdad, y del reconocimiento o rechazo social según se ajusten o aparten del modelo establecido. La situación debe cambiar y conforme el desarrollo social ha permitido incorporar nuevas referencias sobre las que conseguir un reconocimiento, muchas de las nuevas identidades se levantan no sobre los valores tradicionales, sino sobre su cuestionamiento. Hasta que la transformación social permita que la juventud llegue a un contexto de socialización donde esta se lleve a cabo sobre nuevos modelos, son los jóvenes y las jóvenes quienes tienen a su alcance romper con el modelo tradicional a través de su cuestionamiento crítico, y ello siempre exige acción, nunca espera y pasividad.

Palabras clave: Juventud, identidad, reconocimiento, violencia de género, autoestima, autoconfianza, igualdad, desigualdad.

Juventud, entre el ser y el no ser

Acercarse a la juventud con frecuencia origina una sensación extraña, parece que se llega tarde o demasiado pronto, y que de alguna manera no se alcanza a captar la esencia de la misma. Desde dentro porque se mira hacia fuera, hacia lo que está por venir, y desde el exterior, porque nunca se puede penetrar del todo en el núcleo íntimo de ese divino tesoro, como la llamó Rubén Darío.

La juventud se presenta como un tránsito, como un periodo entre la infancia y la edad adulta, un puente entre dos etapas tradicionalmente reconocidas y consolidadas, un estadio en el que se agota la primera y empieza a dar los primeros pasos la segunda, eso sí, con energía, vigor y frescura, como dice el Diccionario de la Real Academia Española, pero en definitiva bajo la idea de que algo empieza para acabar. Una idea que también es reflejada en los versos de Rubén Darío cuando escribe *¡Ya te vas para no volver...!*

Sin duda se trata de una visión romántica y realista, pero de alguna manera también parcial y errónea, producto de una concepción paternalista de una vida que viene guiada por manos y acciones superiores o de autoridad, para las que no estar en su nivel no sólo hace a las personas diferentes, sino que también las sitúa en una posición inferior.

La aproximación a la juventud desde una visión estática siempre obtendrá una foto movida porque la juventud es dinamismo, por ello hay que analizarla desde esa vitalidad y movimiento que guarda para entender su auténtico significado. No basta con verla como diferente, sino aceptarla como propia, pues la clave está en sí misma, en la juventud, no en las personas que se encuentran en un determinado periodo evolutivo de la vida, que siempre estarán de paso. Por ello se equivocaba al decir *¡Ya te vas para nunca volver...!*, pues la juventud nunca se va, permanece en cada persona porque en gran medida es la factoría de la identidad y de la estructura de la personalidad que después soportará el peso del desarrollo social y de los acontecimientos que acompañen a la persona.

Es ahí, en esa función invisibilizada detrás de la eclosión de sentimientos, percepciones y acciones donde se esconden las monedas más valiosas del tesoro, en esa especie de doble fondo del cofre, que de no asegurarlo y reforzarlo supondrá un punto débil por el que se irán escapando joyas y monedas del tesoro ciudadano, hasta convertir a la persona adulta en una avara de la escasa bisutería que sea capaz de retener.

La juventud es porque es juventud, permítanme la obviedad, pero quiero enfatizar la trascendencia de esta fase de la vida en la adquisición, incorporación en integración de muchos de los valores de ciudadanía, algunos de ellos procedentes de la infancia y de la familia, otros recibidos en este momento, pero todos necesitados de una integración coherente y armónica para hacer de la convivencia y de lo común un espacio en el que crecer como individuo y como sociedad. De ahí que sea fundamental adoptar una posición crítica con aquellos valores y elementos que han configurado las identidades de hombres y mujeres sobre un modelo desigual para romper con la tiranía del tiempo, un tiempo traidor que se ha presentado históricamente como la solución a la desigualdad, cuando en realidad ha sido la causa de la misma a través de su consolidación y estructuración como parte de las referencias sociales y culturales.

Por ello el tiempo no es la solución como tal, es un tiempo hueco, vacío de contenido que lo único que arrastra es la estela de polvo dejada caer por el reloj de arena de la historia, y por ello el momento en el que se integran los valores en la configuración de las identidades, la juventud, debe de llenar esos minutos y horas de acciones por la igualdad sobre un nuevo modelo de identidad para hombres y mujeres.

La insoportable levedad del no ser

La juventud, tal y como hemos visto, puede ser considerada como una etapa de transición, como un debate entre el ser y el no ser, pero en ocasiones esa idea del no ser se prolonga más allá de los límites que la cultura le otorga. Para ello repasaremos alguna reflexión en este sentido. “...*Teresa se despertó y comprobó que estaba sola en casa*” escribe Milan Kundera en su obra; y como Teresa muchas mujeres despiertan cada día y se dan cuenta que están solas en casa, solas en su edificio, en su barrio, en su ciudad, en su región,...

Solas en la vida. Sus vidas no son historia porque no se continúan ni vienen de ninguna parte, aparecen y desaparecen con ellas. Y todo ello a pesar de que al despertarse lo hacen al lado de un hombre, rodeadas de hijos e hijas, de vecinos que fiscalizan sus vidas, de paisanos que se cruzan como las aguas con las piedras del río; todo ello por no ser, por tan sólo estar, y al cambiar la escena de la historia, cuando pasa el tiempo y la vida ha transcurrido, las mujeres, como ese viejo escenario removido por antiguo, se van con él. Y del mismo modo que está sola por estar rodeada en un mundo de figuras y roles masculinos, también es cierto que es de tanto no ser.

El hombre ha hecho en la sociedad lo que no ha podido hacer por naturaleza, ha concebido un orden con el único material genético que el suyo, lo ha ido gestando y finalmente lo alumbró a su imagen y semejanza, como no podía ser de otro modo, cumpliendo las leyes de la herencia al crear una sociedad que porta sus características. En este caso, al tratarse de una clonación de sí mismo, la sociedad se presenta con la voz grave de la desigualdad, el bello que cubre y oculta muchas injusticias, el desarrollo muscular de la violencia y la ansiedad propia de la competitividad. Pero antes de llegar a esta sociedad androforme y patriarcal en edad madura, ha ido creciendo poco a poco, siglo a siglo, en la historia de la soledad.

Porque una sociedad como la nuestra ha sido una historia de la soledad, del aislamiento y la fragmentación. Y como continuaba Milan Kundera, *“Un drama siempre puede expresarse mediante una metáfora referida al peso. Decíamos que sobre la persona cae el peso de los acontecimientos. La persona soporta esa carga o no la soporta, cae bajo su peso, gana o pierde. ¿Pero que le sucedió a Sabina? Nada... su drama no era el drama del peso, sino el de la levedad. Lo que había caído sobre Sabina no era una carga, sino la insoportable levedad del ser”*.

Pero peor es la levedad del no ser, y Sabina, como Teresa y como otras mujeres han tenido que llevar en la historia la insoportable levedad del ser mujer frente a la trascendente condición del varón, pero a diferencia de los hombres que han basado su trascendencia en la representación de su papel que los dejaba huecos por dentro, las mujeres la han encontrado en la invisibilidad del suyo, y al contrario que el mundo exterior, ha permanecido protegido de los avatares de una sociedad cambiante para perdurar y fortalecerse cada vez más. Y al final, como el aire transparente o la incolora agua, de tanto ser invisibles aparecen como una gran masa azul base de la propia vida social.

De cómo las historias se convierten en historia

La historia es a la sociedad lo que la memoria a la persona, el *“Confieso que he vivido”* de Pablo Neruda o el *“Vivir para contarlo”* de Gabriel García Márquez, el testimonio de haber sido algo, o al menos de que ese algo fue, pero no por haberlo sido sino por lo que fue cuando dejó de serlo. El recuerdo, los acontecimientos históricos cobran todo su valor como elementos del pasado después de que al hecho de suceder se le haya otorgado todo el valor del significado para dejar de ser suceso y pasar a ser acontecimiento. De esta manera lo que al principio era una posibilidad después llega a ser hecho y este permanece suspendido en el tiempo de la historia atentando contra la ley de la gravedad del olvido que le puede hacer caer en la superficie agreste de la nada, porque peor que no ser es no haber sido.

Pero la historia, al igual que la memoria, se configura por mecanismos selectivos. No todo lo que percibimos queda almacenado en nuestra memoria, del mismo modo que no todo lo que sucede en la vida pasa a formar parte de la historia; existen mecanismos que van organizando nuestra memoria, que desechan recuerdos y seleccionan acontecimientos, todo ello con el objetivo de proporcionarnos una estructura mental capaz de afrontar el día a día de la mejor manera posible en ese conflicto inconsciente entre lo que ha sido y lo que debería ser. De este modo, por diversos mecanismos se produce una reorganización de la memoria que no deja de ser una renovación, pues cuando sucesos de especial significación son reorganizados en nuestra memoria relegándolos a un lugar más secundario o recuperándolos hacia lo prioritario, nos convertimos en nuevos individuos, no tanto por ser diferentes, sino por haber sido alguien distinto que como tal aborda el futuro desde una nueva perspectiva.

Y la historia también cuenta con sus mecanismos de selección, como si se tratase de una gran habitación a la que llegan los sucesos, estos son depositados en una gran mesa central para después ser elegidos por el fiel operario que decide lo que debe quedar en el archivo de la historia. El objetivo final es similar al que adapta los recuerdos al individuo y este a su pasado para que todo tenga sentido, continuidad y coherencia, evitando conflictos que pudieran dar lugar a alteraciones de diferente tipo.

Pero existe una gran diferencia, mientras que el proceso psicológico es involuntario y se mueve por mecanismos mentales complejos, la construcción de la historia es un proceso voluntario que sin ser sencillo ante la diversidad de elementos que forman parte de él, sí sigue un mecanismo relativamente simple: resaltar los acontecimientos que refuerzan el sistema de valores y las conductas y comportamientos sociales que surgieron alrededor de los mismos, de manera que aunque el resultado del suceso haya sido negativo en términos de consecución de objetivos, el significado en cuanto al valor del mismo puede ser positivo. Un ejemplo de esta situación lo podemos encontrar en la derrota en una guerra o en la pérdida de un territorio, detrás del hecho se destaca el valor de quienes combatieron y la unidad surgida de ese suceso contrario, que puede servir para aumentar la cohesión e identificar a los enemigos externos, que es una forma de auto-identificarse como pueblo o nación.

Es la forma que tienen las historias de convertirse en historia, mecanismo por el cual pierden su condición de elementos aislados e inconexos para convertirse en algo único y unido: la historia.

Y las historias de las mujeres tan sólo han sido eso, historias de mujeres, porque su función ha estado en ese lugar secundario: grandes mujeres, pero siempre “detrás de grandes hombres”, cotidianidad nunca extraordinaria, tareas invisibles (cuidado de la familia, mantenimiento del hogar -hacer las camas, la comida, limpiar, fregar,...-, procurar felicidad y bienestar emocional,...) y no valoradas, puesto que su esencia no era el ser de esa manera, sino el no poder ser de otra forma, y lo que tiene que ser no tiene nada de extraordinario en ser, en algún caso lo tendría en no ser, y quien es responsable de ello nunca lo será por haber procurado que sea, pero sí será responsable de que no haya sido. Por eso la presión histórica sobre las mujeres en las tareas asignadas a su rol no está tanto en ser unas buenas madres, esposas y amas de casa (“que es su obligación”) sino en poder no serlo, con toda la sanción social y moral que ello supondría. Es la ausencia

de reconocimiento lo que ha postergado a las mujeres a la oscuridad histórica, no ha habido brillo en sus tareas ni en su conducta ni en hacer aquello para lo que estaban especialmente capacitadas por esas características que ellas poseen según lo que desde el criterio patriarcal se ha destacado de su psico-biología: Delicadeza, capacidad de comprensión, de perdón, de obediencia, de dar cariño, de cuidar por ese instinto maternal desarrollado,... y bajo las cuales se ha reconocido que son ellas las que deben hacer las tareas domésticas. A pesar de ello y de ser la base y la estructura alrededor de la cual ha crecido la sociedad, siempre ha sido una labor invisible, no por no haber sido, sino porque tenía que ser así, y por ello no se le ha reconocido, más bien al contrario; frente al sacrificio del hombre que tenía que salir del hogar, de arriesgar su imagen y de perder su fuerza en procurar el sustento económico de la familia, la mujer siempre ha sido presentada como protagonista de la comodidad, la tranquilidad y la seguridad del hogar, sin riesgos ni sufrimientos en sus tareas.

Siempre ha sido así, quien ha tenido la capacidad de elegir y de valorar ha elegido lo que más le ha interesado y lo ha valorado por encima de cualquier otro comportamiento en la historia, de manera que al final todo queda recubierto por un velo de naturalidad de orden superior que no queda más remedio que seguir. Y al contrario de lo que pueda parecer, donde más fundamento tiene no es en cada una de las conductas presentes, sino en el peso de la Historia, en los valores heredados, en los principios sin fin que nos son transmitidos, en cada una de las actitudes que nos llegan por medio de la tradición y en la falta de reflexión ahogada por la costumbre, todo un complejo mecanismo de anestesia social que nos hace insensibles al dolor de la injusticia de la desigualdad y que todavía hoy padecemos. Por eso un proceso tan injusto ha perdurado a lo largo de toda la historia sin que haya habido respuesta social para modificarlo hasta prácticamente finales del siglo XVIII, a pesar de lo cual, la “sociedad homolítica” apenas ha sentido los envites de la igualdad propiciada por el feminismo, y por eso los mecanismos han sido especialmente complejos para ser eficaces, pero una complejidad basada más en el maquiavelismo de su diseño que en lo difícil de su planteamiento, pues básicamente han sido dos los elementos de este mecanismo:

- Por una parte, la vida social ha sido dividida en dos esferas, la pública y la privada. Los hombres se han asignado una serie de cualidades y habilidades que coinciden con las funciones que ellos mismos han destinado a ser desarrolladas en la esfera pública, motivo por el cual son ellos los encargados de llevarlas a la práctica. Por el contrario las cualidades y habilidades de las mujeres han coincidido con aquellas otras funciones relacionadas con la vida privada, por lo cual y de manera natural son ellas las que deben permanecer en el hogar realizándolas.
- Una vez distribuida así la vida, se le da una valor superior a lo público por todo lo que conlleva de riesgo, de inseguridad, de esfuerzo, de estar sometido a circunstancias no controladas por uno mismo, a la dependencia de lo que hagan los demás, a la competitividad con ellos,... todo lo que supone una gran presión simplemente por el hecho de estar ahí, lo cual contrasta con la seguridad, la tranquilidad, el control de la situación, la independencia de otros elementos y la consecuente falta de competitividad, la comodidad,... del mundo privado del hogar.

De este modo, las historias que pasan a formar parte de la historia no son las historias de los hombres, sino aquellas realmente importantes, que son las que han transcurrido en el seno de lo público que, curiosamente, son las que han sido protagonizadas por los hombres al ser ellos quienes podían hacerlo. De nuevo la selección natural aplicada a lo social es el mecanismo que ha dado lugar a una sociedad patriarcal a imagen y semejanza del hombre.

Las historias de los hombres se convierten en historias de todos mientras que las historias de las mujeres nunca dejan de ser historias de mujeres, que como el rol femenino en la sociedad vienen a complementar, casi a reforzar por contraste, al rol masculino, a adornar la historia con anécdotas y a confirmarla con excepciones. Por eso la misma historia patriarcal necesita a grandes mujeres, para ratificar la excepcionalidad de esos hechos y, sobre todo, para presentarlas como algo puntual y sin continuidad, más producto de las circunstancias, de ahí las heroínas o las artistas influidas más por el ambiente que por su condición, y por eso quienes han intentado destacar en aquello en lo que lo hacían los hombres han sido especialmente atacadas hasta llegar a la invisibilidad del olvido.

Identidad y reconocimiento

Todo puede dar la sensación de estar revestido de espontaneidad o naturalidad, pero la relación hombre-naturaleza en esencia es artificial y dirigida a los objetivos que su inteligencia y razón le hacen ver como deseados o necesarios para su modelo.

La constitución de las referencias comunes en la sociedad no son neutras, ni la “unidad de muchos” de la que hablaba Hegel tampoco lo es, entre otras razones porque nunca es la “unidad de todos y todas”, y porque parte de una construcción histórica desigual sobre el género que sitúa en una posición diferente a mujeres y hombres, para convertir la “unidad de muchos” en esa referencia literal que hacía el filósofo de Stuttgart sobre los hombres.

El contexto de referencia se presenta claramente impregnado por los valores patriarcales de la cultura y coloreado con los fríos tonos de la masculinidad interesada, pero sólo es la estructura, esa especie de pilares sobre los que luego se levantan tabiques para separar mundos, sentimientos, significados y funciones. Una estructura de este tipo, pasiva y distante de la realidad diaria, habría terminado por sucumbir ante los argumentos y la objetividad de la injusticia social de la desigualdad, pero no lo ha hecho debido a su integración activa en la determinación de esos elementos, en el establecimiento de las identidades y en el reconocimiento social sobre ellas, circunstancias en las que la juventud juega un papel clave.

Sin que pretendamos plantearlo como argumento único, sí es cierto que el ser humano, como sujeto social, en una gran parte debe su identidad la experiencia de un reconocimiento intersubjetivo, un reconocimiento que empieza a consolidarse cuando más se valora la imagen ante los demás, de ahí la trascendencia de la juventud. La psicología social ha analizado en profundidad esta interacción, y uno de sus autores, George Herbert Mead, ha destacado la importancia que tiene para la constitución de la identidad subjetiva la idea que cada persona desarrolla sobre lo que piensa que los demás ven y valoran de ellos, de manera que la identidad individual en parte es un reflejo de lo que cada persona proyecta sobre los demás, de ahí la

importancia del componente social en general y del elemento grupal en particular, como referencia cercana a cada uno de los individuos. Esta forma de experimentar en sí mismo el comportamiento reactivo del resto de las personas con las que interacciona, bien reforzando la idea que tiene sobre lo que cada individuo cree que valoran de él, o bien cuestionándola, para Mead es una nueva forma de comunicación que lleva a la formación de la conciencia de sí misma como persona y con ella su identidad, que en cierto modo implica la incorporación de elementos y valores que hasta ese momento podían serle extraños.

Y la identidad de hombres y mujeres no se puede formar del mismo modo, pues tanto los elementos subjetivos como las imágenes reflejadas en los paneles de la sociedad, generan una idea distinta para unos y para otras, la primera magnificada y extendida a todos los ámbitos, y la segunda reducida y encasillada. Según estos planteamientos existen tres niveles de reconocimiento: el primero se produce en el contexto cercano de la familia y se basa en las relaciones afectivas, en las que el sujeto aparece como un ente concreto de necesidades; el segundo reconoce al individuo como ser abstracto en el reconocimiento formal-cognitivo del Derecho; y el tercero lo hace en el contexto social como unicidad de todos los elementos en su relación con el conjunto de la sociedad. Todo ello se produce como un proceso evolutivo y gradual en el que los medios de reconocimiento son cada vez más exigentes y levantados sobre el paso previo alcanzado, de ahí que se destaque la trascendencia del contexto familiar, por ser el núcleo original y donde, como afirman diferentes autores, se constituye la “unidad inmediata de singularidad y generalidad” por la que el individuo llega a la concepción de sí misma como totalidad. Este primer paso es fundamentalmente cognitivo, en el sentido de tomar conciencia de sí misma, y a partir de ese momento se produce una nueva fase de conflicto o lucha al enfrentarse a otras subjetividades que han de reconocerse en sí mismas y en los otros al tiempo que estos lo hacen sobre ella.

Puede parecer un proceso complejo, pero en realidad es bastante elemental, y quizá la dificultad resida más en su explicación que en su desarrollo. La identidad individual se forma tras reforzar aquello que cada persona considera que le da un valor en el reconocimiento que considera que los demás hacen de ella, proceso que se inicia en el contexto de la familia, donde se forma la identidad esencial con la que posteriormente se enfrenta en el proceso de socialización al resto de la sociedad, en una interrelación interactiva y dinámica en la que todos se reflejan en todos para consolidar aquello que es entendido como elemento positivo de su identidad, lo cual genera conflictos que sirven para cincelar la identidad de cada persona, pero también para limitar la de los demás. Y es en todo este proceso es donde resulta clave la etapa joven.

El individuo comienza de cero, pero no lo hace en un contexto nuevo, sino que aparece en un escenario repleto de referencias previas que llevan a integrar en la identidad aquello valorado por los demás como valor superior. De este modo, los procesos que se producen en la familia sobre los modelos existentes, especialmente los roles de padre y de madre asociados a la masculinidad y a la feminidad, y los refuerzos que se producen a partir de los valores predominantes en la sociedad, tienden a construir una identidad sobre los mismos y, por tanto, a la aceptación de la desigualdad por estar levantada sobre ellos. Esta identidad de las mujeres asociada a los roles facilita que no se puedan reconocer a sí mismas como totalidad, como

individuo, persona o sujeto, y queden asociadas al reconocimiento buscado en determinadas funciones que son valorados de forma positiva en la sociedad, fundamentalmente al hecho de ser madre y esposa en la familia. Y al no ser vistas como totalidad por la sociedad y por los hombres impositores de referencias, el conflicto se produce cada vez que la identidad trata de construirse sobre unas referencias distintas.

De este modo la autorrealización, como la llama Mead, que busca el reconocimiento de los demás aparece como un elemento clave en la identidad de las mujeres dentro de las referencias patriarcales, pues la experiencia de la valoración social está íntimamente ligada a la seguridad sentida para poder realizar determinadas acciones o al hecho de poseer capacidades que son reconocidas por la sociedad como “valiosas”. Esta percepción se ha denominado tradicionalmente “sentimiento del propio valor”, y desde un planteamiento más amplio y analítico se compone de tres elementos. Por un lado la “auto-confianza”, basada en las relaciones primarias de afectividad (amor y amistad), por otro el “auto-respeto”, integrado en las relaciones legales sobre los derechos adquiridos y fundamentado en la atención cognitiva que supone el conocimiento de las normas y derechos, y en tercer lugar está la “autoestima”, que se presenta sobre la conciencia del valor que la persona tiene en la sociedad.

El sentimiento del propio valor puede estar aparentemente consolidado sobre la auto-confianza, en cuanto a las relaciones afectivas más cercanas, y en el auto-respeto reflejado en las normas formalmente igualitarias, pero cuando la consolidación de la identidad se enfrenta al reconocimiento social, las mujeres se encuentran con los roles destinados a construir una identidad sobre las ideas tradicionales y, por tanto, no se produce una valoración recíproca y simétrica según la solidaridad que debe presidir este proceso interactivo, hecho que lleva a una dificultad a la hora de desarrollar cualidades diferentes a las previamente identificadas como forma de alcanzar objetivos comunes. De esta manera, la consecución de logros y objetivos comunes en la sociedad continúa sobre el modelo tradicional e histórico basado en la desigualdad de género entre hombres y mujeres.

La robustez del modelo levantado sobre unos cimientos que profundizan en la historia hasta los estratos más bajos ha permitido que permanezca inalterable a lo largo del tiempo, pero conforme el desarrollo social y cultural se ha ido alejando más del terreno firme sobre el que asienta, las críticas y el cuestionamiento propiciado por quienes han elaborado una identidad alternativa al margen del mismo, han permitido crear nuevas referencias sobre las que conseguir un reconocimiento que lleva a la autoconciencia y el sentimiento de seguridad, no sobre el reconocimiento de los valores tradicionales, sino sobre su cuestionamiento. Hasta que la transformación social permita que la juventud llegue a un contexto de socialización donde esta se lleve a cabo sobre nuevos modelos, son los jóvenes y las jóvenes quienes tienen a su alcance romper con el modelo tradicional a través de su cuestionamiento crítico, y ello siempre exige acción, nunca espera y pasividad.

Nuevas identidades, viejos conflictos

El feminismo ha permitido establecer esas nuevas referencias críticas sobre la injusticia de la desigualdad para que la identidad de las mujeres sea reconocida en reciprocidad y simetría a la de los hombres, tanto en el plano

individual-cognitivo de la familia, como en el formal y social de la vida en sociedad. Sin embargo, el nuevo paradigma genera un conflicto en la subjetividad de las mujeres, que se encuentran con varias alternativas a la hora de buscar los elementos más valiosos para ser reconocidas, y en la de los hombres, que a su vez han de reflejar en las mujeres una serie de elementos de identidad que han de ser reconocidos también como de mayor valor para que así los integren en su identidad masculina con la que enfrentarse al resto de subjetividades, tanto de otros hombres como de mujeres.

El conflicto propio de la lucha por el reconocimiento se ha avivado con un componente nuevo que podríamos considerar como la “búsqueda del reconocimiento”, en cuanto a la necesidad de encontrar y adoptar las referencias que permitan levantar las nuevas identidades sin necesidad de afrontar un conflicto y de buscar un reconocimiento en valía, hecho que en las circunstancias actuales suele llevar a un incremento del conflicto en quien no parte de las mismas referencias, generando más enfrentamientos, pero también cierta desorientación al existir más de un modelo sobre el que buscar el valor. Ser joven debe ser búsqueda, no tránsito. La juventud se presenta como un momento clave para afrontar ese proceso crítico que haga de esta etapa de la vida un nuevo pilar de referencias, no la fase en la que se integren los valores de siempre que han justificado y contemplado la violencia de género como una posibilidad.

Esto hace que la violencia implícita que ha existido en el modelo impuesto desde la construcción patriarcal de la sociedad, se haya modificado en la forma de instrumentarse conforme esta ha cambiado para conseguir perpetuar el modelo.

Antes las mujeres carecían de libertad para desarrollar su identidad sobre nuevos valores de reconocimiento debido a la rígida imposición de roles y a la limitación de espacios para que pudieran llevar a cabo el proceso, y se limitaban a cumplir con las funciones asignadas, de manera que cuando lo intentaban solían fracasar, de ahí que esta situación diera lugar a un sentimiento de inseguridad como ciudadanas, tanto de forma pasiva o sentida, por los miedos y las dudas que generaba tomar como referencia otro modelo y la consecuente falta de reconocimiento (no había autoestima), como de forma activa o vivida por el efecto de la violencia sufrida (violencia social en forma de discriminación, y violencia individual como agresiones de género).

La violencia de género, desde el punto de vista de la construcción de la identidad de las mujeres, de forma general, siguiendo los conceptos de la filosofía y la psicología social, debe ser entendida como un “menosprecio o denegación de reconocimiento”, y cada una de las ofensas o ataques produce el doble efecto de la injusticia, por causar un daño y un perjuicio en su libertad de acción, y por producir una lesión del entendimiento positivo de sí mismas que deben ganar intersubjetivamente. De manera que la violencia del menosprecio lleva a la falta de reconocimiento por parte del otro o a la ausencia de confirmación en sí mismas de este reconocimiento, algo que genera el peligro de afectar a la identidad como mujeres sobre esas referencias.

Y eso es lo que ha llevado a cabo la sociedad modelada sobre el androcentrismo, por un lado ha construido una identidad parcial de las mujeres sobre los roles, no sobre la persona, algo que de por sí las sitúa en

una posición de inferioridad ante la identidad total o completa que desarrollan los hombres, y hace que cuando traten de cambiar de referencias para conseguir una identidad de persona en su totalidad, de nuevo fracasen ante la falta de reconocimiento. Pero, además, en estas circunstancias es cuando se produce la violencia de género individual que ataca de manera directa a las mujeres que la sufren dando lugar a una percepción negativa de su identidad y de su situación, circunstancias que se agrava por la ausencia de una respuesta proporcional por parte de la sociedad ante la agresión e injusticia que están sufriendo, que busca la justificación, la minimización o la contextualización, antes que enfrentarse a la realidad social de la desigualdad y la violencia.

Desde este planteamiento, la violencia produce un grado de afectación personal que incide directamente en la auto-referencia práctica de la persona, no por el dolor personal, sino por la asociación con el sentimiento de estar indefensa frente a la voluntad de otra persona hasta el “arrebato sensible de la realidad”, como afirma Axel Honneth, y el desplome de la confianza en la sociedad y en su propia seguridad.

Por ello la violencia de género ha sido un instrumento fundamental en la construcción de la desigualdad de la cultura patriarcal y su perpetuación a lo largo del tiempo. No es una consecuencia de la desigualdad, sino un elemento esencial para levantar la estructura sobre la que edificar la sociedad.

Es así como la violencia de género, con la consecuente desposesión de derechos (formales o en la práctica) y de exclusión y discriminación social, no sólo actúa por medio de la limitación violenta de la autonomía personal, sino que lo hace a través de su conexión con el sentimiento de no poseer un status como sujeto de interacción moralmente igual y plenamente valioso. Esto da lugar a una lesión en las expectativas de ser reconocida en tanto que sujeto capaz de formación de juicios morales, puesto que no se produce el reconocimiento social, situación que parte de la violencia y favorece la violencia.

La lucha por el reconocimiento

La conciencia de la infravaloración conduce a un derrumbamiento del sentimiento del propio valor, hecho que facilita la sumisión y la asunción de referencias establecidas, y dificulta la reacción de las mujeres que se encuentran en esas circunstancias, pues el carácter cultural de la situación descrita lleva a que, en lugar de reaccionar estableciendo la responsabilidad en el otro, lo hagan en un especie de auto-censura.

Esa es quizás una de las claves que ha hecho que la lucha por el reconocimiento que iniciaron las mujeres en la historia haya encontrado el muro infranqueable del menosprecio y la violencia. Una violencia implícita a la desigualdad y anterior al golpe que lleva a la lesión de la propia identidad de las mujeres y al sentimiento de indefensión frente a un mundo patriarcal que lleva hasta ese “arrebato sensible de la realidad”. Son estas circunstancias las que hacen que las mujeres desarrollen un sentimiento de inferioridad que impide la interacción en condiciones iguales respecto a los hombres, y que se traduzcan en una sensación de inseguridad y en una limitación de la autorrealización cuando intentan avanzar más allá de los límites establecidos o cuando, simplemente, reivindicquen su desaparición.

La diferencia respecto a otras situaciones de exclusión social radica en la omnipresencia de las referencias culturales, y mientras que cuando el menosprecio social ha sido identificado y reconocido como tal ha dado lugar a la acción para luchar por el reconocimiento ausente, en el caso de la desigualdad de género, las consecuencias de la violencia sobre la percepción de la realidad ha dado lugar tradicionalmente a la auto-responsabilización o asunción sobre la “normalidad” referente, que impide la acción y la lucha por el reconocimiento. Es la violencia la que hace que en el plano individual la infravaloración vivida dificulte la acción, y que el plano grupal se vea dificultado por el conflicto entre las referencias del modelo tradicional y de la alternativa basada en la igualdad, con las consecuentes repercusiones en términos de valor y reconocimiento que hemos apuntado.

La situación histórica se ha visto alterada con la toma de conciencia de la desigualdad de las mujeres y por la construcción de su identidad al margen y de manera independiente a la de los hombres. Las mujeres ya no son un complemento de los hombres, el satélite que los acompañan y guían en la oscuridad del hogar (oscuridad para ellos, no porque no sean capaces de ver, sino porque no son vistos), revolución llevada a cabo por el feminismo.

El movimiento feminista, al margen de las aportaciones teóricas y críticas sobre el modelo patriarcal y el planteamiento de alternativas al mismo, ha permitido que el reconocimiento de las mujeres tenga un sólido punto de apoyo sobre unas referencias alternativas. Si la identidad individual depende del reconocimiento de la persona en los demás, la identidad de las mujeres como integrantes de la sociedad dependerá de su reconocimiento como grupo diferente a la construcción tradicional basada en la desigualdad, circunstancia que ha generado el conflicto con los valores predominantes y ha llevado a un recrudescimiento de esa violencia, aunque al mismo tiempo ha permitido avanzar en la igualdad y en el resto de los Derechos Humanos, y obtener un modelo alternativo de reconocimiento sobre el que construir una identidad diferente a la imposición “rolística” del patriarcado, una nueva identidad simétrica y recíproca respecto a los hombres y basada en su condición individual, no en funciones y contextos.

Sin embargo, el mismo análisis realizado nos indica que el avance conseguido no se debe tanto a la modificación de los valores y referencias tradicionales, sino a la inclusión de ese modelo alternativo de referencias y reconocimiento, hecho que conduce a un incremento del conflicto en cuanto a la lucha intersubjetiva por el reconocimiento y las identidades. Las mujeres continúan sin ser reconocidas en igualdad dentro de la cultura patriarcal: o no lo son en esencia como mujeres con una identidad levantada sobre los roles, según el modelo tradicional, o no lo son como rechazo al alejamiento del patrón clásico, de ahí la trascendencia de cambiar la referencia cultural, pues de lo contrario, la desigualdad continuará y el reconocimiento sólo se producirá entre grupos que compartan las mismas referencias alternativas, pero no en el conjunto de la sociedad.

Esta situación no puede ser escindida del contexto social, tanto por su significado (por tratarse de una reacción nacida del avance social de las mujeres) como por las consecuencias que se derivan de ella, pues no es sólo que se dificulte el hecho de que las mujeres se identifiquen con los nuevos valores reconocidos, sino que, además, los hombres tienen que construir su identidad buscando el reflejo y el reconocimiento en todas las referencias existentes, algo que puede llevar a una modificación de los patrones clásicos,

pero también a un conflicto entre identidades, que pueden prolongar el enfrentamiento social por la igualdad.

La juventud actúa como los cimientos para soportar una determinada estructura identitaria, y cuando se han excavado sobre las referencias de la desigualdad, aunque el edificio que se eleve sea abigarrado y esté inclinado, la propia estructura desigual diseñada para tal fin lo aguantará, algo muy diferente si entre los elementos que le dan solidez hay una distribución igualitaria para soportar una estructura armónica y equilibrada. Todo lo que no se haga durante la juventud exigirá proyectos y cálculos difíciles de materializar y de mantener en el tiempo, no será imposible, pero el coste y el riesgo de derrumbe estarán más presentes.

La existencia de lo invisible

¿Acaso negamos el día en la noche, los objetos en la oscuridad o el sol tras las nubes? ¿Deja de existir el aire puro, los sentimientos no expresados, el tesoro oculto o la luna nueva? Están ahí y en ocasiones los sentimos más en la ausencia que en la presencia.

Hoy si todavía no hemos sucumbido como sociedad, como cultura, como mundo, ha sido por la coherencia y la continuidad que ha dado esa cadena invisible y anónima de mujeres a lo largo de la historia, pues al contrario de lo que la cultura patriarcal ha intentado, dejarlas relegadas a estar en un momento y lugar del tiempo, al final han sido ellas y sus valores los que han continuado a lo largo de la historia para darle un sentido y consistencia a ese castillo en el aire levantado por los hombres y que nunca terminan de alcanzar. Y lo han hecho por medio del día a día, llevando a cabo esos roles impuestos, pero que ellas han cargado de valor, pues de lo contrario nunca habrían dejado de ser voluntades que no podrían haber transmitido sentimientos y valores como lo han hecho. Pero también recurriendo a ellas cuando los hombres en su empeño sucumbían. Fueron las mujeres quienes después de guerras, de imperios perdidos, de culturas absorbidas,... han contribuido a la reconstrucción, han mantenido el hilo de la vida y han conservado el sentido de los valores humanos.

A pesar de su invisibilidad, de estar detrás de esas paredes, burkhas, de grandes hombres,... todos han reconocido a la mujer que allí había, mientras que no siempre se ha visto al hombre que estaba junto al gran logro, tan sólo al profesional que lo ha conseguido, al técnico que domina una materia; pero nada más, aunque ese nada más para muchos era todo. Y de este modo, el valioso mundo público ha sido barrido por el viento del olvido que periódicamente sopla intenso a ras del suelo artificial, arrastrando nombres y hombres y sustituyendo logros por otros; mientras el mundo privado, esa burbuja cerrada, al final ha sido la caja fuerte de la humanidad, capaz de guardar el tesoro, este sí, divino, de sus valores para poder distribuirlos después entre todas las personas.

Este ha sido el gran error del diseño patriarcal, pensar que bastaba con darle todo el valor al mundo protagonizado por él. Y la ceguera patriarcal, más como insensibilidad e incapacidad de reaccionar que por no ver, les ha impedido tomar conciencia de que los grandes logros se iban y con ellos los profesionales revestidos con la grandeza de ser hombres reconocidos, por eso han necesitado una historia con filtro para lo femenino y con un protagonismo sin compartir, pero no han caído que ese gran profesional

sustituido por otro dejaba un hueco en la vida privada imposible de rellenar por nadie; Don Ramón el gran profesional, jefe de todo y de todos fue sucedido por otro Don, pero al tío Ramón o al abuelo Ramón todavía se le echa de menos.

No podemos ni debemos conformarnos al pensar que la esencia de la existencia social ha sido el mundo invisible protagonizado por las mujeres, ni siquiera con saber que lo más visible como humanos ha sido lo que casi a modo de contrabando fuera del alcance del control patriarcal nos han transmitido las mujeres. Tampoco con que la juventud pasará, pues siempre habrá una juventud que traiga la esperanza y que la continúe para hacerla llegar a toda la sociedad en forma de realidad.

Han sido muchos siglos de “homonización”, ya es el momento de comenzar la humanización sobre los Derechos Universales reconocidos. Hoy son más las mujeres y los hombres dispuestos a enfrentarse a la injusticia de la desigualdad y a la desigualdad de la injusticia que impera en nuestra sociedad, pero aún persisten los valores que dificultan levantar nuevas identidades y alcanzar el reconocimiento sobre ellas. Ante estas circunstancias dos deben ser las estrategias a seguir, por un lado trabajar para continuar con la deconstrucción de la desigualdad y su sustitución por el espacio común de la Justicia y la Paz, cuyos cimientos parten de la equidad, y por otro potenciar el cada vez más mayor grupo alternativo nacido sobre las nuevas referencias para encontrar el reconocimiento necesario en la nueva sociedad. El conflicto es inherente a este nuevo contexto, pero mientras que hasta ahora el enfrentamiento ha servido para mantener la jerarquía de la desigualdad y se ha instrumentalizado a través de la violencia, a partir de ahora la colisión de los planteamientos servirá para encontrar, definitivamente, la Paz.

Si la juventud que no asume su protagonismo en la forja de la identidad sobre la referencia de los Derechos Humanos, nunca podremos reconocernos como tales. Si la juventud asume su compromiso y responsabilidad estaremos encantados y encantadas de reconocernos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Appel, AE; Holden, GW. The co-occurrence of spouse and physical child abuse: A review and appraisal. *Journal of Family Psychology*. 1998, 12- 578-599

Connell, RW. *Masculinities: Knowledge, power and social change*. 1995. Cambridge Polity Press.

Dobie KJ, Kivlahan DR, Maynard C, Bush KR, Davis TM, Bradley KA (2004): *Archive of Internal Medicine*, 164: 394-400

Goodman, LA., Koss,MP, Russo,NF. Violence against women: Physical and mental health effects: part 1. Research findings. *Applied and Preventive Psychology* 1993; 2: 79-89

Goodman, L. A., Koss, M. P., & Russo, N. F. Violence against women: Mental health effects: Part 2. Conceptualizations of posttraumatic stress. *Applied and Preventive Psychology* 1993; 2: 123130.

Herman, J. L. *Trauma and recovery*. New York: Basic Books, 1992.

Hilberman, E. Overview: The “Wife-beater’s wife” reconsidered. *American Journal of Psychiatry* 1980; 137: 1336-1347

Honneth, Axel. *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*, Editorial Crítica, Barcelona, 1997

Jouriles, EN, McDonald, R y Noewood, WD. Documenting the prevalence of children’s exposure to domestic violence. *Asilomar Conference on Children and Intimate Violence*. 1999.

Koss, MP., Koss, P. and Woodruff, W. Deleterious effects of criminal victimization of women’s health and medical utilization. *Archives of International Medicine* 1991; 151: 342-357.

Kubiak SP (2005) *American Journal of Orthopsychiatry* 75 (4): 451-465

- Larrauri, E.** (comp) Mujeres y Derecho Penal. Madrid: Siglo XXI de España editores, SA, 1994.
- Lorente Acosta, Miguel.** Mi marido me pega lo normal. Editorial Crítica, 2001. Edición de Bolsillo, 2003
- Lorente Acosta, Miguel.** El Rompecabezas. Anatomía del maltratador I. Editorial Crítica, 2004.
- Lorente Acosta, M. Lorente Acosta JA.** Agresión a la mujer: Maltrato, violación y acoso. Granada: Editorial Comares, 1998.
- Lorente Acosta, Miguel.** Los Nuevos Hombres Nuevos. Barcelona. Ed. Destino 2009
- Margolin, G.** Interpersonal and intrapersonal factors associated with marital violence. In GT. Hataling (eds) family abuse and its consequences: New directions for research. 203-217 Newsbury Park, Ca: Sage, 1988.
- Rodríguez Mendez, MC y Peña Calvo, JV.** Identidad de género y contexto escolar: Una revisión de modelos. Revista Española de Investigaciones Sociológicas 2005; 112: 165-194
- Ruiz Perez I, Plazaola Castaño J:** Intimate partner violence and mental health. Consequences in women attending family practice in Spain. Psychosom Med. (2005) 67 (5): 791-797
- Stark, E., Flitcraft, A. and Frazier, W.** Medicine and patriarchal violence: The social construction of a "private" event. International Journal of Health Service 1979; 9: 461-493.
- Symonds, A.** Violence against women: The myth of masochism. American Journal of Psychotherapy 1979; 33: 161-173
- Walker, L.E.** The battered woman. Ed. Harper and Row, 1979
- www.cis.es** (múltiples consultas)

